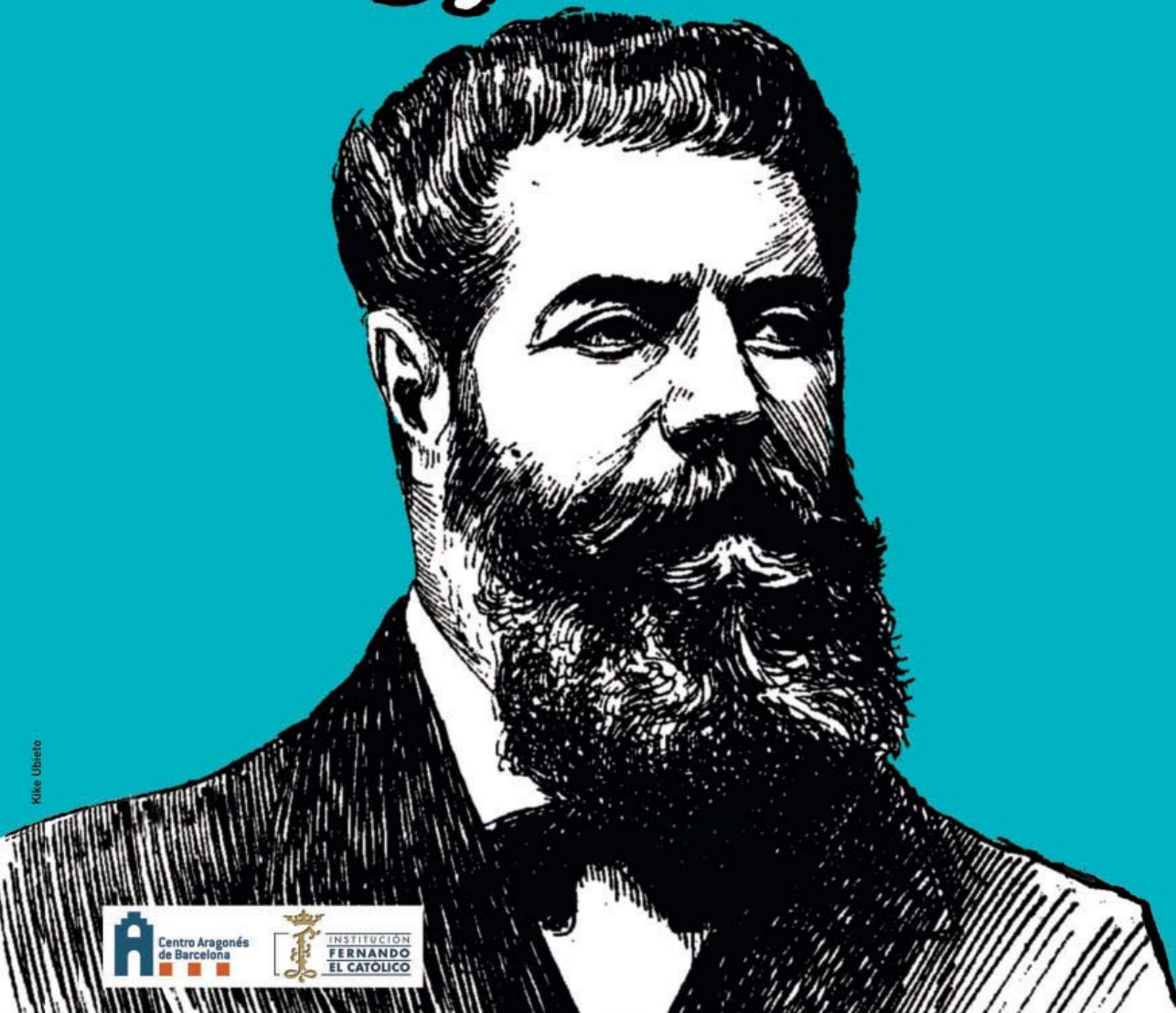
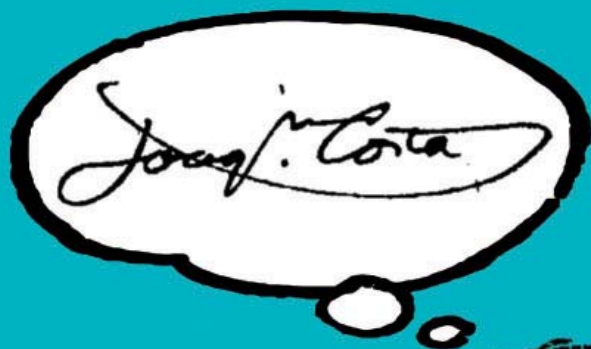


Costa según Costa: notas y escritos autobiográficos (1865-1878)

por JUAN CARLOS ARA TORRALBA

Viernes, 28 de mayo a las 19,30 h
en la Sala Costa
del Centro Aragonés
de Barcelona



Kike Ubieta



COSTA SEGÚN COSTA: NOTAS Y ESCRITOS AUTOBIOGRÁFICOS (1864-1878)

JUAN CARLOS ARA TORRALBA
UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA

Nos hemos acostumbrado a un Joaquín Costa grandioso, ciclópeo; a esta visión monumental contribuyó, sin duda, la aparición de la primera biografía de Costa, allá por el año de 1917, en la «Biblioteca de *grandes* españoles» a cargo de Luis Antón del Olmet, pero también que en 1931 Manuel Ciges Aparicio subtitulase su buen libro sobre el montisonense como *el gran fracasado*, y que, para coronar el camino editorial, en 1972 George G. Cheyne hiciera lo propio con su monografía a través del sintagma *el gran desconocido*. En el aquí de Barcelona y el ahora de 2010 nos proponemos hablar, no del Costa de los grandes monumentos, el tópico, sino del pequeño, del íntimo.

Costa reveló su intimidad en numerosas notas autobiográficas escritas señaladamente entre 1864 y 1878. Enumeremos los principales cuadernillos manuscritos de carácter autobiográfico:

- a) Las *Memorias... en este valle de lágrimas*, usualmente conocidas como los *Diarios*, redactadas entre 1864 y 1878, y propiedad de los legatarios de Costa en Barcelona. Se editarán el año próximo por quien les habla y les puedo adelantar más aspectos que los que ya transcribió en su día Luis Antón del Olmet (a partir de una copia del original, obra de Tomás Costa, deficiente y no exenta de censuras) o, años más tarde, George G. Cheyne.
- b) El *Nosce te ipsum* (escrito en el verano-otoño de 1868 entre Barbastro y Huesca; es una suerte de reflexión a partir de lo anotado en los *Diarios*, con añadidos y nuevas notas de Madrid y 1870).
- c) *Borradores y bocetos* (cuadernillo fechable en septiembre de 1868).
- d) *Notas biográficas (Una vida, notas sueltas, criterio)*, pergeñado en Madrid, concretamente en el pueblo de Chapinería, y 1870.
- e) *Mentirologio* (de 1868, cuadernillo proyectado originalmente como sección del *Diario* para desarrollar ideas e invenciones por extenso).

f) *Semblanzas* (Madrid, diciembre de 1868), que es una colección de breves retratos de amigos, familiares y conocidos, donde Costa refleja perfectamente su carácter por oposición a los individuos de su entorno.

Y es que Costa escribía y reescribía una y otra vez. Utilizaba hojas sueltas, libros ya publicados (por ejemplo, las jugosas notas que pueden leerse en su ejemplar de *Ideas apuntadas en la Exposición Universal de 1867 para España y para Huesca*). Luego las ordenaba y reordenaba *ad nauseam*, volvía sobre ellas, se transformaban unas, otras se convertían en vías muertas de ideación. Costa sufría de un auténtico horror al vacío por la posible pérdida de cualquier impresión o idea, y esta obsesión se traducían en un sistema de carpetas en otras carpetas, de títulos sobre títulos. A Costa le obsesionaba el método de no perder el tiempo ni los frutos de su trabajo. En este sentido, y referido estrictamente a lo autobiográfico, es revelador que, una vez en Madrid y 1870, preparó una especie de antología propia de apuntes vitales; su propósito era preservar al menos lo esencial de muchos escritos en caso de pérdida de originales; lo titularía *Mosaico: Frases sueltas de varios trabajos manuscritos o impresos, algunos de ellos perdidos*, y puede consultarse en el rico Fondo Costa custodiado en el Archivo Histórico Provincial de Huesca.

Todos estos escritos evidencian tanto una mareante *obra en marcha*, como un interés juvenil por anotar los pasos de cómo llegar a ser alguien que tiene por modelo las biografías decimonónicas de personajes célebres, las cuales a Costa le hubieron de apasionar desde chico. Porque Costa es, definitivamente, un hombre arquetípico del siglo XIX, apasionado por el progreso nacional y personal; aspira a ser un héroe romántico, un hombre representativo, a la manera de los proyectados por Ralph Waldo Emerson o Thomas Carlyle. Para Costa, la vida es un proyecto que equivale a heroicidad, y cada lance se convertía automáticamente en prueba expuesta al éxito o al fracaso. Quizá por ello, como veremos, Costa abandonaría el interés reflexivo, y con él la escritura de memorias y diarios, en 1878, con 32 años.

Es el Costa de los *diarios* un hombre de portentosa inteligencia y formidable capacidad de trabajo, poseedor de ese «maldito pundonor que sin duda alguna ha puesto la naturaleza en mí» (según anotaba tempranamente en sus *Memorias* en 1864). Aquellas cualidades las habría de demostrar desde niño con los maestros de Graus, y luego en Huesca durante los años del Instituto o en Madrid en el transcurso de sus fulgurantes estudios universitarios.

En Costa hubo de formularse una lacerante ecuación temperamental: era humilde, pero muy orgulloso. Costa relata muchos agravios, como las humillaciones sufridas en tanto que criado de los Rubio en Huesca; pero el orgullo le inflama de tal modo que aunque Rubio le llama «salvaje» el propio Costa llega a ufanarse de esta «virtud».

Joaquín Costa fue también un ser solitario (como lo demuestra el vivir escribiendo y trabajando a todas horas y alejado de casinos y otros espacios eutrapélicos de diversión social). Salvo contados amigos ganados en el Instituto de Huesca (episodios colegiales, sin más), lo usual fue que Costa, desde su soledad (real y moral) hubo de necesitar de diferentes tutelas y consejos (el primer protector, una vez emancipado de la comunidad natal y de su padre, fue Hilarión Rubio; a este le siguió José Salamero, y al final se confió a la tutela moral de Francisco Giner de los Ríos... al menos hasta 1897).

Gravitó sobre nuestro personaje un constante flujo de pasión proyectista: Costa anotaba día sí y día también infinidad de ideas, miles de apuntes de cosas por hacer. Pero no debe olvidarse que el principal proyecto en la vida de Costa no fue la agricultura, la historia o el derecho, el principal proyecto de Costa fue él mismo. Costa imaginó, sucesivamente, un brillante futuro como militar, como ingeniero, como maestro, como abogado, como periodista, como novelista... un futuro próspero, un final con recompensa por todos los esfuerzos empleados en el que (tampoco conviene olvidarlo) siempre tenía que haber una mujer que completase el programa vital. Una mujer primero diseñada en los duermevelas de las *Memorias* al estilo decimonónico (el *ángel del hogar* que supliese las carencias domésticas del varón), y después, tras tratar con Giner y el círculo institucionista, una mujer armoniosa, al estilo krausista, que fuera también una especie de instruida secretaria que ayudase en los trabajos del marido. Esa imagen de mujer moderna fue la que creyó ver tras su gran amor en los años oscenses: Concepción Casas Soler.

En este último sentido, Costa fue muy ingenuo, un auténtico sentimental. Si en otros lances había salido bien parado, para los amatorios el héroe romántico Costa adoleció de pericia en el cortejo. A gusto en la soledad de sus jornadas de estudio y escritura, Costa vivía el paso del tiempo y las relaciones sociales con verdadera angustia (a Costa le rondaba la idea del suicidio desde 1864; ya en Madrid tuvo un conato de llevar a cabo la fatal idea; en su lugar, en 1870, piensa en ingresar como monje en el monasterio de Solesmes, y con tal propósito escribió a su abad). No extraña que Unamuno viera en Costa un alma gemela, pues para nuestro hombre el sufrimiento llegó a ser algo necesario, connatural. La existencia se convertía en agonía constante (entiéndase, la vida como lucha, el *struggle for life*, a lo Herbert Spencer). Describía Costa la existencia en términos negativos, de privación, porque a su entender trágico el tiempo pasaba inútilmente, sin fruto, siempre avizorando una recompensa eternamente demorada. Es muy común en las *Memorias* las referencias al paso de los años sin *ser todavía alguien*, sin *conseguir todavía algo*.

En ocasiones tosco, señaladamente por la carencia de determinadas habilidades sociales, Joaquín Costa fue un hombre de genio y de gran carácter, generoso

pero malhumorado, que solía terminar a la greña con sus cercanos (con Hilarión Rubio, con su tío José Salamero, con su pariente lejano Antonio Ibor, con determinados amigos del instituto y de la universidad...). Según ya apuntamos, fracasó en sus relaciones con las mujeres por ingenuo, impaciente e inhábil en las técnicas del cortejo decimonónico. Tal vez también porque le obsesionaba la franqueza, no le gustaba la hipocresía y ciertas convenciones sociales de su tiempo le sacaban de sus casillas. Tampoco ayudaba su natural puritano, casi cuáquero, que terminaba por imponer a los demás las mismas férreas convicciones morales que él mismo albergaba. Costa fue moralmente inflexible consigo mismo (de hecho deja de escribir las *Memorias* tras el fracaso con Conchita Casas; no se casará e irá abandonando la Institución Libre de Enseñanza tras nacer su hija María Pilar / Antígona en 1883, fruto de su relación con la viuda de Teodoro Bergnes de las Casas) y con los demás (de ahí los constantes trenos y jeremiadas que trufan sus escritos). Y eso que Costa demostró ganar madurez tras su estancia en París y 1867. Una confianza en sí mismo y en sus aptitudes que se tradujo en una mejora notable en la capacidad crítica hacia su entorno (familiares de Graus, Hilarión Rubio, etcétera) tras admirar los adelantos de la civilización en la *ciudad Sol* del siglo diecinueve. Allí, en París, hubo de comenzar la carrera de redención personal que con los años correría paralela a la de la redención nacional: al progreso como persona hubo de unírsele indefectiblemente el progreso español; a la redención de su origen humilde el de la redención y regeneración de España.

Pero dejemos que hable el propio Costa por mediación de sus escritos. He elegido una serie de fragmentos del muy desconocido cuadernillo *Nosce te ipsum* para ilustrar las afirmaciones que hemos venido exponiendo en esta conferencia. Son textos reveladores de varios de los sentidos ya aludidos. Así, el primero es una indagación sobre qué cosa sea el *corazón* de Costa; escrito en agosto de 1868, puede comprobarse cómo Costa volvía a y anotaba una y otra vez sus textos: teniendo a la vista las *Memorias*, Costa escribe estas reflexiones, pero años después les añade unas notas que glosan doblemente la reflexión original:

Ahora, ¿qué es, cómo es mi corazón? Difícil análisis el conocer su espíritu, para otro que no fuera yo mismo. En mí, la imaginación predomina sobre la razón, sobre la inteligencia: el corazón manda siempre que consideraciones sociales no ponen fuera de acción mi libre albedrío.

Nota: «Estas condiciones han podido verse algunas veces aparentemente contrariadas en mí, por vicios de educación o por exigencias sociales; pero ellas son fundamentales, y constituirán siempre el principal motor de mi albedrío».

Por eso, con pasiones bien definidas aunque ocultas en su mayor parte aun a los mismos que más de cerca me han tratado, he podido investigar con algún fruto las condiciones bajo las cuales vive mi corazón. Dignidad, honor, sencillez, verdad, natural (frecuentemente salvaje); horror a la hipocresía, al escándalo y al cinismo;

tolerancia con los defectos físicos, intolerancia con los vicios; poesía, amor, sentimiento, melancolía, suma; caridad, ternura, humanidad... total, nobleza, naturalidad como en Abel, ardor poético como en Safo y Santa Teresa... lo que equivale a decir: un corazón que no es de este siglo. Siempre he dicho: Mi corteza es de salvaje, mi corazón de poeta.

Nota: «Digo siempre que mi corazón es poeta de carácter melancólico en sumo grado. ¡Qué bien conocía Chateaubriand las pasiones del sentimiento!...

Leído esto, corro a registrar las páginas de mis *memorias* (de 1864 a 1868), y veo que de un extremo a otro no son sino una negación externa, que levanta un perpetuo quejido y forma una égloga lastimera bien que de rudo estilo, como intérprete improvisado de las pasiones. Examino luego lo que tengo escrito de este *Nosce te ipsum*, y veo una continuada privación de algo.

Es el siguiente fragmento, también de 1868, un ejemplo perfecto de las consecuencias de la soledad y de la falta de reconocimiento del valor de Costa por parte de su entorno:

Pues bien: la perspicacia de mi idea, la profundidad de mi pensamiento, la desmesurada talla que presentó mi genio cuando aún se hallaba en embrión... nadie la ha vislumbrado, nadie la ha sospechado siquiera, nadie aun viéndola la hubiera creído... En los detalles ordinarios de la vida práctica no debí sobresalir, no: mi genio había sido creado para cosas más grandes, y para ellas debió desarrollarse. Pero aquel embrión se dejó dormir; faltóle el calor de la instrucción, faltóle el cultivo, y pereció casi por entero. Ahora me he quedado sin el talento de los detalles y sin el genio de las grandes ideas. Lo que resta de este último no se ha comprendido todavía, pero es muy posible que llegue a ser penetrado. Lo que no penetrará nadie jamás porque... ¡es imposible! Es este corazón mío, de penetrante mirada, de sentimientos elevados, de tiernísimas emociones y deseos infinitos... No; ¿quién en este mundo puede comprender mi corazón sino yo mismo? [...] Don Hilarión Rubio cree conocerme, pero está muy lejos. No lo conseguiría, aunque viviera medio siglo conmigo, aunque leyerá estos cuadernos, tristes confidentes míos; porque en la naturaleza moral del hombre existen concepciones tan puras, suceden fenómenos tan abstractos, que el mismo entendimiento que los penetra, no se atreve a darles la forma de idea.

Uno de los aspectos más dolorosos y conmovedores en la vida de Costa es la relación con sus padres, especialmente con su madre. Costa era consciente, y se extrañaba por ello, del escaso amor filial que sentía hacia sus progenitores; lo terminaba explicando en grandilocuentes términos de destino y heroicidad personal:

Este es el lugar de consignar un fenómeno singularísimo que, con alguna vaguedad he observado varias veces en mi corazón, y que ahora de pronto ha llamado en las puertas de mi memoria: este fenómeno es, un amor filial muy reducido. A la verdad que no me atrevería a declarar esta particularidad, si no fuera una confesión hecha a la faz de mi propia conciencia, si alguien pudiera leer en estas interiorida-

des de mi alma... No sé si eso sucede en los demás; pero en mí, es por desgracia demasiado evidente. No parece sino que he nacido exclusivamente para la humanidad, o para la patria: indudablemente, que todo el amor que a ésta profeso y que los demás no le profesan, todo el amor de otra especie que mi corazón guarda como en reserva, no sé si para espiritualizarme, todo ese amor ha sido arrebatado a mis progenitores. Yo los estimo, yo los aprecio, yo siento sus desgracias inmensamente más que las mías, yo abandonaré gustoso mis cosas indispensables por proporcionarles las necesarias; pero por más que quiera rebuscar hasta el último rincón de mi alma, no hallo ese entusiasmo, esas delicias que se sienten al ver objetos queridos después de largos tiempos de ausencia, aquel amor, digo, que nos inspira vivísimos deseos de permanecer siempre con lo que se ama, ya que no de fundirse con él íntimamente... ¿Pero de dónde viene esto?... ¿Y sucede en los demás esto que yo llamo singularísimo fenómeno? Preferible será que no ensaye una indagatoria de causas, porque me perdería en un mar de conjeturas y trabajaría en vano. Solo debo recordar que el Decálogo no dice *Ama* sino *Honra* a tus padres, porque el amor no puede prescribirse con el respeto, y que el Génesis dice también, que la mujer dejará a su padre y a su madre para unirse a su marido... Pero ahora me ocurre ¿Si vendrá esto, por más que parezca una paradoja, del encuentro de mis dos caracteres sensibles y enemigo de la hipocresía? No puedo ver sufrimientos en las personas que yo aprecio muchísimo, y el sentimiento de dolor que esto me causa es tan intenso, que no da lugar a la manifestación, ni siquiera fingida del menor sentimiento de alegría y amor.

El siguiente fragmento es explícito ya desde su título: «Mi carácter». También de 1868, resume los principios que regían sus acciones:

Mi carácter es tan fijo en su esencia como vario en sus manifestaciones. Generalmente triste, es algunas veces, festivo. Casi siempre modesto, es a veces orgulloso. Mi carácter se resume en estas palabras: enemigo de la hipocresía, de la injusticia, de la crueldad, del escándalo y del cinismo, violento y desconfiado por instinto, y amante de la patria hasta el extremo de mentir y encolerizarme contra la razón misma [...] Enemigo de la crueldad. Ya de pequeño no podía presenciar el bárbaro degüello de un cordero, ni me alegraban como a otros los chillidos del cerdo atravesado por la cuchilla: hasta miraba de reojo a los carniceros, clasificándolos mi tierna inteligencia en una escala inferior a la de los demás hombres. Debo creer por fuerza que mi corazón es diferente al de la mayor parte; porque recuerdo que nunca he acompañado a los niños de mi edad cuando todos la emprendían a pedradas con el gato o perro que pasaba, o daban de golpes a los corderos de los rebaños, o lanzaban palitos con liga a los mismos perros, o despojaban de sus plumas a pájaros vivos y les clavaban un alfiler en la cabeza, etc., etc. Muy aficionado a coger nidos sí, pero no para atormentar a los polluelos, sino para tener el gusto de cuidarlos, verlos, mimarlos, etc. A veces me han dado compasión los padres del nido, y he vuelto a él uno de los pajaritos. El horror que tengo por las corridas de toros ha nacido principalmente en la compasión que me inspiran los caballos, en lo que me repugnan el cinismo y la ingratitude.

Carácter violento. En los sucesos de la vida se presentan mil contrariedades: a cada

paso ve uno trastornados sus planes, derribados sus cálculos, defraudadas sus esperanzas. Pues bien: ahí está la violencia de mi carácter: no puedo sufrir con paciencia esos reveses, y me encoleriza contra las personas, contra los objetos, contra los accidentes que los han causado, no escapándome yo mismo de la tormenta, si, como sucede algunas veces, he olvidado algún incidente o errado algún detalle. Estas contrariedades han sido y son muy frecuentes en mi vida; y sin embargo, no he aprendido todavía a guardarlas y sobrellevarlas con ánimo sereno. Generalmente, las tormentas que se sublevan en mi ánimo por la violencia de carácter, son tormentas mudas que nacen, viven y mueren sin aparecer al exterior más que por medio de contracciones digitales y rechinamiento de dientes. Sin embargo, sucede a veces que se apodera de mí un humor de mil demonios, teniendo por síntomas exteriores, semblante triste, contestaciones lacónicas, espíritu ensimismado: en estos casos no puedo discurrir absolutamente nada, y solo me preocupa la idea de la contrariedad sucedida. Si estuviera libre y me desahogara contra alguno o contra alguna cosa, pasaría pronto el primer movimiento que es el más ingrato; pero lo que más le hace durar es su concentración. Todos los que me hablan en tales ocasiones, se aperciben del mal humor.

Poco más adelante en el *Nosce te ipsum*, Joaquín Costa demuestra otra vez su afán de reconocimiento y los sueños de grandeza:

Por la combinación de mis dos caracteres desconfiado y enemigo de la hipocresía, tengo cuidado de no adelantarme nunca por mí solo a figurar en ninguna parte ni a sobresalir, cuando formo parte de una reunión, etc. Sucede que permanezco ignorado por algún tiempo; pero al fin la exuberancia de méritos grita muy alto, y se me separa de la multitud, se me pone a la cabeza. Recordar cómo ha sucedido esto en Graus con Parral, en el Instituto de Huesca, en el Ateneo de ídem, en París con los Discípulos observadores, etc. En todas partes he sido uno de tantos por espacio de cuatro o seis meses; pero después, de un salto he llegado a la apoteosis.

En cuanto al programa vital, al proyecto de creación de un Costa célebre, merecedor de una entrada en la enciclopedia de la civilización, el fragmento que sigue es sumamente explícito: Costa alcanza a planificar el nombre y número de sus hijos, incluso de las profesiones de cada uno, acordes al nombre simbólico. Para un hombre de progreso que vivió siempre mal la sucesión de los presentes, llega fatalmente la desazón y la sensación de fracaso. Es el caso de Costa: en septiembre de 1868 Costa repasa una vez más su actual estado y el resultado de las proyecciones pasadas, y termina reconociendo:

¡Ilusiones! ¡Ilusiones! ¡Aunque una esposa querida me diera un hijo en el año 1875, y que a los 20 años diera principio a sus estudios serios (al «Monte Sinaí» por ejemplo), que la aparición de estos fuera a los 11 años, llegaríamos al segundo lustro del siglo XX y yo tendría 60 años! ¡Y aún están allí mil dificultades, y la eventualidad de que sea precisamente un varón, que éste no me sea arrebatado de la cuna por el Ángel de la Muerte, que no tenga un talento vulgar, que sepa yo inspirar y hacer sentir a su alma la grandeza de la Creación, etc., etc.!, ¡la eventualidad de

que sepan llegar tantos niños al nivel de los poetas, de los historiadores, de los químicos, etc., ¡distinguido! ¡Cuántos pesares guarde la Naturaleza moral para un corazón de 1868!

Por último, veamos cómo Costa novela en ocasiones su infancia y determina en ella el origen de la desgracia actual: Costa ha nacido en un entorno pobre y tal circunstancia determina las dificultades por llegar a ser alguien:

A pesar de que este niño había nacido evidentemente para hacer grandes descubrimientos en la Agricultura, para ser un Liebig español, más insigne tal vez que el alemán, tuvo la desgracia de caer en manos de unos padres pobres y de unos parientes ignorantes y avaros; y fue destinado a ser cura. ¡Siquiera en esta decisión hubiera habido algo de sentido común! Pero no sabían el *guibus auxilium* y cuando lo supieron era ya tarde: habían pasado muchos años y el alma de Costa estaba envenenada de pesares. Su padre aborrecía el cultivo, como lo aborrecen la mayor parte de labradores pobres e ignorantes y no quería que su hijo fuera labrador como él. ¡Ay, ay! ¡Cuántas veces he suspirado por volver a aquel punto de partida! Allí al menos siendo ignorante y desconocido no sabría que lo era: mientras que después cuando vio la oscuridad detrás y el abismo delante, ¡oh!, qué noches de luto y horror han cruzado por su mente en medio de los resplandores del sol. Alma sensible, nacida para el entusiasmo, para la gloria, para todo lo grande, talento profundo... el infierno derribó su barquilla en un mar de fuego que quemó en ella el último vestigio de consuelo, ¡la esperanza! Un niño que como dijo más tarde su profesor don Serafín Casas hubiera sobresalido en todo, se ha visto obligado a arrastrar una penosa existencia llena de humillaciones y de tormentos. ¡Inescrutables designios de la Providencia!

En fin, confío en que esta exposición haya servido para mostrarles parte de las confesiones personales de un hombre atormentado que se hizo grande para la posteridad desde unas galerías íntimas construidas de agonía y sentimiento trágico de la existencia. Y es que, en verdad, tras las estatuas y monumentos ciclópeos se oculta también un hombre, con sus excepcionales sueños de gloria y sus comunes miserias: Joaquín Costa Martínez.